BREVE ESPOSICION

DEL

CÓLERA-MORBO

ASIATICO.

SE DESIGNA UN METODO CURATIVO,

CUYOS RESULTADOS EN GENERAL SON FELICES,

LOGRANDOSE CON EL,

si se pone en práctica desde que se advierten los primeros síntomas de la enfermedad, salvar casi todos los enfermos, con poquísimas ecepciones.

Con unas ligeras consideraciones

A CERCA DE SU CONTAGIABILIDAD.

POR EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUJIA

DON JOSE MARIA LOPEZ DE CASTRO.

SEVILLA: IMPRENTA DE D. MARIANO CARO.

1834.

En la época en que una enfermedad, que puede llamarse desconocida en Europa, ha afligido á los habitantes de esta parte del antiguo mundo, presentándose de un modo agudísimo en su decurso, con síntomas no observados en otra que en nombre, y en algunos caracteres se le asemeja, y que suele padecerse esporádicamente en el otoño; y muchas veces termina funestamente en pocas horas, que desde su acometimiento, en general, da á conocer su perfidia, que no da lugar á que el médico se valga de los recursos higiénicos y terapéuticos para poderla vencer, ó siquera detener su velocidad; que su modo de obrar es desconocido, asi como los medios de superarla: es de desear que cada uno de los profesores de la ciencia de curar se esmere en desenmascararla, indagando su causa efectiva, la lesion que ocasiona en la máquina animal, partes que afecta, y seguidamente ver qué recursos tiene el arte para combatir esta hidra tan mortífera, que ha llenado

de luto á esta hermosa porcion del globo terrestre, sin andar con arcanos ó ocultaciones de cuanto sea capaz de satisfacer estos objetos.

Desde su cuna en el Asia asombrados los que presenciaban sus estragos clamaban á la ciencia médica por un imposible, es decir, ó un específico preservativo, ó mas bien uno que fuese curativo.

En todos tiempos el hombre desea' su conservacion, aunque en particular sea el que menos observe las reglas prudentes que le pueden asegurar la salud hasta cierto punto: mas, quisiera ser inmortal, y olvida la palabra divina *statutum est hominem semel mori.* Cuando los males están remotos no teme su peligro, pero á su procsimidad se intimida, y entonces clama por su salud, ó por su vida, y si ni uno ni otro es posible al facultativo conseguirle, se desata en dicterios siendo el menor llamarle ignorante, y aun el pueblo de la última clase suele propasarse á ecsesos increibles con los médicos, hasta atribuirles que son causa de sus padecimientos, y, con asombro sea dicho, en algun otro paraje llamándolos envenenadores.

Entretanto qué hace el injuriado, siente pero no se irrita por estas injustas inculpaciones, redobla sus esfuerzos; no se toma ni el preciso é indispensable descanso, ni se da tiempo para tomar el alimento suficiente para su conservacion y recuperar las fuerzas que sus multiplicados trabajos mentales y corporales ecsijen con mas imperio que en otros tiempos tranquilos: ni el frio, ni el calor, ni la hora le detienen: deja su comida, su cama y sale presuroso esponiéndose á una muerte mas prócsima que ninguna otra clase de los habitantes, solo

por ver si puede arrebatar una víctima á la muerte; procura, sino, dar consuelos y esperanzas, que á veces no tiene, con el fin de mitigar los padecimientos: asiste cuantos puede, y le da lugar el dia y la noche,.. y á cuantos sin interes,.. y á cuantos proporcionándoles medicinas y alimentos. ¿Y cuál es su recompensa? si-no muere, y deja á su familia en horfondad, y miseria... corramos un velo sobre su suerte.

Desde la aparicion del cólera-morbo asiático en el vasto imperio de Rusia, sus estragos llamaron la atencion de su Emperador, y comisionó facultativos para que pasando á sus dominios asiáticos informasen cuanto les pareciese oportuno para detener, y curar una afeccion tan mortífera. A medida que se fue propagando y estendiendo por los reinos limítrofes todos los gobiernos se apresuraron á mandar comisiones de médicos sabios que observando el mal, consultando con los mejores profesores de los pueblos invadidos, y notando qué medicamentos producian mejores resultados, avisasen á sus mandatarios, para tomar las precauciones mas activas, previniéndose para si llegaba el triste acontecimiento de que invadiese su respectivo territorio. ¿Y qué siguió á esto? Que no solo se publicaron sus informes por medio de la prensa, sino que infinitos médicos de varias partes de Europa manifestasen del mismo modo sus conjeturas, y opiniones; y cuando llegó el momento de tratar la enfermedad prácticamente los mas célebres emitieron su dictamen en diferentes memorias que, sin detenernos en hablar de su métiro, prueban hasta la evidencia el desvelo é interes con que los profesores de las ciencias médicas han buscado me-

dios, sino específicos, pues estos todo médico juicioso sabe muy bien no los hay para ninguna enfermedad, que puedan salvar el mayor número de los invadidos. No han sido infructuosos sus trabajos, pues en los principios hubo poblacion en que perecieron, un tercio, la mitad, y hasta dos terceras partes de los acometidos; y en el dia se salvan donde menos dos tercios.

Y no fue España perezosa en comisionar médicos de instruccion que estudiasen la enfermedad en los paises que asolaba el cólera; ni sus profesores los últimos que manifestaron sus opiniones ya antes de tener en casa al enemigo, ya despues: buena prueba es la orden circular de la real Junta superior de Medicina y Cirujía á todas las academias de la facultad en el reino, y la pronta contestacion de todas dando su dictamen, segun se les mandaba, con arreglo á cuanto habian leido, y sabido por su correspondencia con otras corporaciones de la facultad en paises que ya prácticamente podian dar buenas nociones: siguiéndose las instrucciones que cada academia remitió á los subdelegados de su respectivo distrito, ampliándolas igualmente á cuantos profesores juzgó serian útiles. No son poco numerosas las memorias que se han dado á luz por los facultativos que han tenido la desgracia de luchar contra tan cruel enfermedad: y no debió esperarse menos de hombres tan amantes de sus conciudadanos como son, en general, los españoles. Es un deber que nos impone la religion, la humanidad, y hasta nuestro particular interes buscar los medios de sanar los enfermos, ó disminuir sus padecimientos; sin que estos mismos deberes nos permitan ser reservados, ó hacer una

ocultacion del medicamento ó método que tenga buenos resultados queriendo hacer una granjería esclusiva en beneficio particular con perjuicio general; al contrario debemos ser francos, y publicar ingenuamente cuanto creamos sea util á la salud ó vida de nuestros conciudadanos.

Ya se ha indicado el deseo general de que se encontrase un específico, no solo para el cólera asiático, sinó para cualquiera otra enfermedad de aquellas que ó aflijen muy frecuentemente y con algun peligro al hombre, ó que de tiempo en tiempo se presentan, siendo ecsóticas, con caracteres malignos, y terminacion, las mas veces mortal: mas ya se ha insinuado que tales específicos no ecsisten, ni pueden encontrarse; y es la principal razon, porque las enfermedades acometen á veces, ó con tal rapidez atacando el sistema nervioso que hacen cesar su influjo en la máquina viviente, sobre los otros sistemas, y cesando la circulacion, ó la respiracion estinguen la vida con tal celeridad que no da lugar á usar medicinas, ó bien si se logra aplicar algunas es tal el desorden en las acciones, y falta de equilibrio general que nada se consigue con ellas; ó porque se ha seguido á la causa eficiente, con mas ó menos prontitud tal desorganizacion que solamente pudiendo poner nuevos órganos marchase desde luego la máquina como anteriormente: bien se echa de ver que en ningnno de estos casos está al alcance de la ciencia hacer retroceder el divino decreto del „*hominem semel mori*“ ¿y por qué acusar á la ciencia, y menos á sus prófesores? todo lo que estos y aquella pueden es dirijir, moderar,

ó aumentar las propiedades vitales, la naturaleza segun nombran otros, modificar las acciones conservadoras de la vida que se separan de su deber, ó evitar que se separen: hasta aquí pueden el hombre y la ciencia. Si pues eternizar, segun el deseo general, no es dado al médico, ni á otro alguno, ¿qué otra cosa se puede ecsijir de aquel sino es que, segun las circunstancias, unas veces haga recobre el enfermo la salud, otras se mitiguen sus dolencias siendo menores sus padecimientos, ó que á ocasiones por los medios higiénicos se conserve ilesa aquella?

Enhorabuena el amor propio y la vanidad se hayan apoderado alguna vez de tal cual facultativo, mas fatuo que sabio é ingenioso, haciéndole incurrir en la debilidad de hacer creer ha encontrado algun medicamento á que da virtud específica, alucinando el deseo de los enfermos que adoptan con ansia y sin ecsamen semejantes charlatanerías; mas no confundamos los empiricos y charlatanes con los verdaderos profesores, cuyo caracter es muy diferente del de aquellos avechuchos; y aun esos mismos que enfáticamente venden su específico como infalible, están persuadidos en su interior de su falsedad; así es que por lo comun andan vagando de una parte á otra sin poder permanecer mucho tiempo donde pronto conocerian sus amaños y embustes. Algo de esto es lo que vemos en tal cual folleto de los muchos que han visto la luz relativos al cólera en que se nos promete su curacion infalible. ¿Qué debemos tambien pensar de la multitud de memorias, que contienen métodos tan contradictorios, y que cada uno promete milagros? Aprecie-

mos en su justo valor todo cuanto leemos, y leamos con criterio.

Si pues el bien público es la primera de nuestras atenciones en la sociedad, debe ser aun mayor nuestra solicitud cuando se entiende de la salud, y la vida: aquel puede considerarse aisladamente con relacion á una poblacion pequeña, provincia, ó reino; pero este estiende sus benéficos influjos no á una ciudad sola, ni reino, sino á todo el mundo; cuantos seres racionales lo habitan pueden ser afectados, si las teorías son erróneas con perjuicio, y si son sabias y esactas con grande utilidad: ¿Qué beneficio en artes ó ciencias puede igualarse con el incomparable descubrimiento del inmortal Genner? y cuantos otros hay que se asemejan á este en el vasto campo de la medicina.

Convencido de cuanto va dicho, y persuadido por numerosas observaciones de enfermos tratados en el pasado año de 1833, y en mas de cincuenta en este de 34 de las ventajas que he conseguido con la administracion de una medicina bien conocida, que las mas veces, y especialmente si se usa muy desde el principio de los síntomas que caracterizan el cólera, ó que indican su procsimidad, cura, ó hace abortar el cólera-morbo asiático, no tendria escusa si dejase de publicar cual sea esta, modo de administrarla, y sus resultados. Mucho tiempo he estado irresoluto, y aunque el año pasado manifesté á una corporacion de la facultad mis ideas por escrito, consultando su opinion para despues resolverme á publicarlas, juzgo, con bastante probabilidad, que no llegó á sus manos, y por una desconfianza de mis pequeños conocimientos, no me determiné

á remitirlas segunda vez. La desgracia de esta ciudad quiso que en este año repitiese la enfermedad, y aprovechando este funesto accidente puse en práctica la misma medicina, observándola con mas atencion, y quedé complacidísimo al ver que correspondia del mismo modo que el año anterior á mis esperanzas, y si cabe con mas fruto, pues dejando toda timidez la usé con mas valentia, y sin haberme tenido que arrepentir ni una sola ocacion.

Solo me arredraba el conocimiento de mis cortos alcances, y el temor de no ser creido: es verdad que por otra parte me animaba el que otro profesor de medicina seguia el mismo método con iguales resultados: que algun otro comprofesor lo habia visto feliz, aun en su misma familia, y en su práctica, aunque no tan general; y al fin no siendo mi intencion el amor de una vanagloria, ni otros deseos mezquinos, me he decidido á publicar mi método: tambien debo manifestar mi opinion á cerca de la enfermedad en cuestion y sitio ó sistema que afecta, dejando un pequeño espacio para hablar de si es contagiosa, ó no. No olvido que para conseguir un objeto en medicina se siguen varios rumbos; que muchos consiguen su fin cual es la salud, y tanto por esto como por otras muchas causas guardaré el mas profundo silencio á cerca de cuanto se ha escrito hasta ahora sobre tan cruél azote. Me conduzco á mi objeto, y dejo á los demas seguir su opinion tranquilamente: ni me creo juez suficiente, ni capaz de juzgar del mérito, ó verdad de tantas memorias como se han publicado de cinco ó seis años acá.

Siendo tan conocida esta enfermedad de casi todos

los profesores de Europa; habiéndose dado á luz tantos folletos que la describen con minuciosa ecsactitud, seria molesto si espusiese un diagnóstico prolijo, siendo suficiente decir que en general se anuncia con algunos dias de anticipacion la enfermedad, y cuando menos de algunas horas: que son rarísimos los casos en que de antemano los acometidos de ella no han tenido inapetencia, sensacion molesta al epigastrio, lacsitudes mas ó menos generales, conato al vómito, propension á la diarrea, mareos, peso ó dolor gravativo de cabeza, disminucion en la accion ó vigor del sistema locomotor: todos estos síntomas ó una parte de ellos han sido constantemente precursores desde cuatro ó cinco dias antes de creerse enfermos los que realmente deben considerarse tales; el número de dias decrecia en muchos hasta no ser mas que horas; pero cuando se reunian pocos de estos síntomas, ó no eran muy vehementes, juzgaban, mas no con razon, que solo eran consecuencias de la estacion ó de otra cualquiera friolera, no se precaucionaban, y solo cuando el vómito, la diarrea, el dolor del estómago ó de cabeza eran muy fuertes, era á su parecer llegada la invasion, perdiéndose el tiempo mas oportuno de impedir el progreso y desenrollo maligno del mal.

Con los síntomas enunciados se presentaba en el mayor número de personas el cólera en los quince primeros dias de su invasion desde fines de Agosto de 1833 hasta el ocho, ó diez de Setiembre; los que no pasaban de ellos se curaban, si se eceptuan los que por ecseso en los sudoríficos, en el abrigo inmoderadísimo, en el retorno á los alimentos, en la interrupcion re-

pentina de sus copiosísimos, y mal dirijidos sudores, recaian, como solian decir, porque estos eran acometidos de los síntomas espantosos, y las mas veces mortales que mas adelante se enunciarán. Algunos, y fueron los menos, casi desde las primeras horas, y por lo comun antecediendo una intemperancia ya de alimentos, bebidas, ó otros graves desarreglos en el régimen usual, sufrian vómitos, y aun diarreas, de esta última evacuacion en estos quince dias pocos fueron víctimas; dolor grande en el epigastrio; mareos tan fuertes, que caian al suelo, permaneciendo asi hasta que los levantaban; frio, ó sudores frios, viscosos; mutacion repentina de semblante hasta ser desconocidos de sus amigos, y parientes; calambres en los estremos, y aun en el tronco, con dolor insufrible; respiracion anhelosa, fria, con suspiros; pulso pequeño, tardo, vibratil, nulo; algidez; cianocis; en algunos pocos y hácia el fin, trastorno de las funciones cerebrales; en los mas se conservaban íntegras hasta la muerte; tal inquietud que no podian permanecer de un modo dos minutos; sed abrasadora, refiriéndose al interior, y en el esterior frio marmóreo; orinas escasas, las mas veces insecrecion. A este estado aterrador de los que lo presenciaban, sin eceptuar al médico, seguia la muerte, por lo regular en menos de veinte y cuatro horas: algunos pasaban de este término, y yo ví entre otros una Sra. como de sesenta años que vivió cerca de seis dias en esta situacion lastimosa.

Desde el diez de Setiembre fue lo mas comun que casi todos los enfermos se presentaron ya con algunos, ó todos estos últimos síntomas, y poquísimos con los

primeros, siendo el vómito el mas incómodo y frecuente de todos, al principio de los ingestos que contenia el ventrículo, y despues de aquella agua turbia semejante á la cocida con arroz, ó mas bien una disolucion gomosa, y con copillos albuminosos... podia decirse era una disolucion de albumina, y los copos la porcion que no estaba disuelta.

Hácia el veinte y dos ó veinte y cuatro la diarrea tomó la preponderancia entre todos los síntomas, siendo el que hacia desconfiar á todos de la vida, y que en general se burlaba de la medicina, librándose tan solo los que, á beneficio de ciertos medicamentos lograban un sudor caliente, moderado, sostenido algunas horas, y era lo que se llamaba segundo periodo, ó de reaccion: con tal de que este se dirijiese con prudencia era casi cierta la curacion; de otro modo seguia una fiebre sinoca, sinochus, ó tifóidea segun las antiguas nosologias, ó bien un estado maligno, ó nervioso consecuencia de las inflamaciones que padecian el estómago, intestinos, ó cerebro, &c. Hasta la conclusion de la enfermedad á principio de Noviembre continuó siendo el síntoma dominante, y mas maligno dicha diarrea.

Los casos que se han presentado en este año de 34 desde fines de Junio, parecen una continuacion de los últimos del de 33, pues todos empezaban con dos, cuatro, ó cinco dias de diarrea muy frecuente, algunos igualmente con vómitos mas no siempre, y pasado este tiempo, sino se socorria oportuna y prontamente deteniendo una y otra evacuacion, sobrevenian todos los síntomas graves, que terminaban en seis, ocho,

cuando mas doce horas con los enfermos: hasta que el vecindario conoció la necesidad de no despreciar, como hacia antes la diarrea, y llamaba con tiempo al profesor: ya fueron muy pocas las víctimas, á no ser que por un cálculo, ó sistema tenaz el médico no se opusiese con todo esfuerzo á la diarrea, de lo que ví algun ejemplar, y siempre desgraciado.

Como el año de 33 fue tan infausto para esta ciudad, ya por el número de enfermos, ya por la multitud de los que fallecieron, ya tambien por que los facultativos guiados por cuanto habian dicho en sus numerosos escritos los estrangeros, procedieron á los principios con arreglo á su dictamen, hasta que su propia esperiencia les hizo conocer cuanto tenian que modificar el método curativo, ciñéndose al modo con que el cólera se presentaba en Sevilla, con tales variaciones de lo que se habia leido, que no pocos dudaban fuese el verdadero cólera asiático.

Una casualidad que me pudo ser muy funesta en particular, me dió ideas de una medicina sencilla, y bastante eficaz y segura que podria usar en el caso de que el cólera-morbo asiático se apareciese en el sitio de mi domicilio. Ya anteriormente en diferentes enfermedades bien mias, ó de personas confiadas á mi cuidado habia esperimentado su virtud casi constante é infalible, y habia adquirido un manejo estraordinario en su uso. Recuerdo con placer que en el año de 1817 le debí, sino enteramente la vida, mi pronto restablecimiento, cuando varios compañeros creian lo contrario. Precisándome regresar á Sevilla despues de una corta ausencia, al entrar en Sanlucar en un charanguero, que habia lle-

tado la noche anterior, me encontré habian sacado de leva los marineros dejando solo un anciano patron, y un niño de siete á ocho años: me acompañaba el difunto D. Felix Alvao, catedrático en el real colegio de S. Telmo, el que tambien tenia premura de hallarse en esta ciudad: urgiendo el tiempo, y no habiendo mas barco disponible resolvimos, que tanto por sus conocimientos náuticos como por la ecsesiva gordura de Alvao que le imposibilitaba de ningun otro destino, se colocase en el timon, el patron y yo en los remos, y el chiquillo manejando los cabos, ó escotas: por desgracia fue indispensable venir remando casi veinte y cuatro horas: la falta de costumbre de un ejercicio tan penoso me causó en el perineo un tumor desde el segundo dia de desembarcar, que al cuarto era como una media naranja de las mas grandes; los dolores en el sitio eran insufribles, pues jamas los he tenido iguales, aunque he padecido no pocos: al quinto dia de enfermedad los compañeros que me visitaban persuadidos por los síntomas á que iba á presentarse la gangrena determinaron dilatarlo á la mañana siguiente: como el dolor me era insoportable les pedí me mandasen un poco de opio para calmarlo: todos se opusieron diciendo que en un estado flojístico tan violento era un desatino, ademas que aceleraria la gangrena: apenas se fueron, y siéndome ya imposible sufrir mas, tomé cuatro granos de una vez, y logré á poco tiempo lo que dice Mead, y lo que yo habia esperimentado algunas veces en reumátismos agudos que padecí, que era parecerme estaba disfrutando del paraiso. (1) Cuando los compañeros llegaron en el siguiente dia con las disposi-

ciones hostiles que habian indicado el anterior, se admiraron de verme tan tranquilo, y mucho mas lo estuvieron al reconocer el tumor, y lo hallaron reducido á la tercera parte, el cutis ya casi de su color natural: su espanto fue mayor asi que les referí lo que llamaron mi atolondramiento, y lo pronto que calmó el dolor, empezando desde luego à disminuir el tumor y demas con tal rapidez que se resolvió completamente y quedé bueno en muy poco tiempo.

Al año siguiente se padeció en Sevilla una enfermedad epidémica, que apodaron vulgarmente la araña, y otros no te iras sin verme: entraba con frio, seguia calentura alta que duraba veinte y cuatro y aun cuarenta y ocho horas, y terminaba por un sudor abundante, dejando á los convalecientes tan débiles que tardaban quince dias en volver á su estado anterior. Una mañana á las siete fui acometido del frio en términos que ni en las intermitentes mas perniciosas lo habia visto igual: en seis ó siete minutos era tal el espasmo general que constituyó un tetano completo; rigidez universal, imposibilidad de hablar por momentos; la respiracion se hizo tan dificil por la contraccion de los músculos que la egecutan que ya era casi nula; trísmo, en fin me creí con pocos instantes de vida. En este conflicto pedí por señas, que costó trabajo entender, agua tibia que casualmente habia y teniendo á mi cabecera opio tomé seis granos introduciéndómelos en la boca por el hueco de una muela que me faltaba, por el mismo sitio me echaron el agua, que me fue penoso tragar: los síntomas crecian, mas á los ocho minutos empezaron á ceder gradual y prontamente, es-

tableciéndose al cuarto de hora de haber tomado el opio un sudor tan copioso que la persona que me limpiaba la cara mojó cinco pañuelos como si los hubiera metido en agua: del mismo modo fue abundante el de todo el cuerpo, pues á las diez que ya estaba hasta sin calentura ni otro síntoma, tuve que trasladarme á distinta cama.

En el verano de 1824 me acompañaba á las visitas el clínico D. José Nuñez, y presenció la curacion de veinte y ocho enfermos de uno y otro secso que padecian cólicos y cólera morbo indigeno, con solo el uso del estracto acuoso de opio, ó sus compuestos: solo á una enferma tuve que aplicar sanguijuelas. Era en la época que mas ruido hacia el sistema ó método del Dr. Broussais; y advertí al dicho Nuñez cuán facil me fue curarlos todos sin el plan de este. Los veinte y siete estaban perfectamente buenos antes de treinta y seis horas; la que se le aplicaron sanguijuelas tardó cinco dias.

Acompañado del Dr. Gavidia curamos perfectamente un vólvulo, pasion iliaca, ó miserere mei, con baños tibios aunque pocos, algunas dosis pequeñas de magnesia, y repetidísimas y altas cantidades de opio; debiéndose entender que cuando nos encargamos del enfermo, que fue al principio del cuarto dia, su estado era desesperadísimo, y casi estaba abandonado.

Otra multitud de enfermedades podia citar, de tan distinta índole como las ya enunciadas, sin esceptuar las inflamatorias, que si no el todo de la curacion fue debida al opio, al menos la mayor parte, y cuando no era el ajente único ó principal, bien calmando los vómitos, ó de otros varios modos, al menos daba lugar

al uso de otras medicinas que sin su concurrencia hubieran sido infructuosas.

Pero no fueron estas esperiencias repetidas, ni el mucho manejo que adquirí para propinarlo con enerjía y constancia quien solo me decidió á emplearlo en el cólera morbo asiático, sí me estimuló otra enfermedad que padecí. En fines de Octubre de 1831 fuí acometido del có morbo índigeno, y fue en su mas alto grado, tanto que mis amigos y mi familia desconocian mi semblante: todos se persuadieron iba á concluir mi vida, y solo y esclusivamente la debí al opio, única medicina que tomé por boca, y en lavativas. (2) De mi padecimiento deduje podia ser ventajoso su uso en el cólera asiático que desolaba el Asia y parte de Europa, y lo comuniqué al profesor de medicina D. José María Rueda, quedando convenidos en poner en práctica un plan cuya base era el estracto gomoso de opio, ó los preparados de este en el triste acaecimiento de hallarnos alguna vez en poblacion acometida de tan cruel plaga. (3)

Cuando las personas invadidas de los síntomas que van descritos, ó bien de la diarrea, ó vómito de cualquier especie que sean avisan prontamente, es seguro que solo con el estracto gomoso de opio se evita tome incremento la enfermedad, y desaparecen los síntomas muy prontamente: debe desconocerse la division de colerilla y cólera con que gratuitamente han querido dividir el mal algunos profesores franceses, siempre amigos de innovaciones que solo sirven para dar á veces confianzas que son muy perjudiciales. Cuántos millares han perecido que por creerse ellos, ó creerlos sus facultativos invadidos del colerina, enfermedad á su ver de po-

ca entidad, han sido tratados con poco cuidado en el régimen dietético, y menos en el terapéutico, lo que les ha hecho incurrir en el cólera grave de un modo que cuando han querido tomar disposiciones serias y enérgicas todo ha sido en valde, y han sucumbido víctimas de su credulidad ó inesperiencia. ¿Qué se arriesga en tomar desde el momento las mayores precauciones contra un enemigo tan ejecutivo y traidor? Con él los momentos son tan preciosos, que pasado el de combatirlo con esperanza de vencerlo, se pierde nada menos que la vida. ¿Y quién sabe cuál es este, cuándo llega, cuándo ha pasado? En esta duda, y no balanceando en contra ningun daño, ¿por qué hemos de omitir nada de lo que pueda hacernos salir victoriosos? La razon, la esperiencia, y el deber asi nos lo aconsejan. En ninguno de los otros actos de nuestras empresas, aun siendo de menor cuantía, olvidamos las consideraciones ó meditaciones necesarias para el logro de lo que nos proponemos; ¿y seremos tan sistemáticos, tan ciegos que las despreciemos, ó olvidemos tratándose nada menos que de nuestra ecsistencia? Se me dirá que de los que se juzga padecen el colerilla se curan los mas sin necesitar ni grandes precauciones ni muchos remedios: pero ademas de que esta proposicion es falsa, tomada tan latamente, yo contestaré que si de diez se curan siete y tres caen en el cólera, y por lo mismo en un estado grave, á qué esponerse á ese peligro cuando con igual ó menor gasto, en menos tiempo y ciertamente sin riesgo, se puede salir del apuro. Todas las enfermedades tienen su principio, aumento, estado y declinacion; y si se quiere, con otros autores, fin: las enfermedades son

mas ó menos graves segun el clima, estacion, edad, secso, causas, disposicion del que padece, *nam quidquid recipitur admodum recipientis recipitur*, y si cuando una terciana es legítima, ó sencilla, le llamáramos tercianilla; á una gastritis moderada gastritilla; á una angina anginilla, *et sic de cœteris* estaba bien que dijésemos colerina y cólera; en vista de esto parece inútil y nociva semejante division.

En el año de 1833 estando avecindado en un punto de la ciudad donde hubo mayor número de enfermos, y en el que tengo casi todas mis visitas, asistí un número considerable de enfermos, y lo mismo el médico D. José María Rueda, que tiene mi misma habitacion. Fue tambien causa que asistiésemos muchos mas por la casualidad de haber enfermado, y aun murieron de ellos cinco ó seis, todos los profesores de medicina que habitaban en dicho punto, como es el barrio grandísimo del Sagrario, y los de S. Salvador, S. Isidoro, S. Nicolas y Sta. Cruz, y ciertamente por la procsimidad nos avisó el mayor número de los que quedaban sin asistencia. Pues en todo el tiempo que duró el cólera, que se estendió á mas de dos meses, solo contamos entre los dos diez y siete fallecidos, advirtiendo que algunos eran casi cadáveres cuando nos encargamos de ellos; este número consta en la Junta Municipal de Sanidad segun los partes. Mas, el pobrísimo barrio de Sta. Cruz (4) luego que se instaló la junta parroquial de sanidad me ofició en primeros de Setiembre pidiéndome asistiese á los vecinos indijentes, que enfermasen del cólera, lo admití gustoso, y desde el principio del mes hasta el 27 que caí enfermo, visité todos los que avisaron ó por sí

ó por papeleta de la junta, teniendo diez, catorce y mas diarios, con tal prontidud, y esmero que la junta lo espresa en su certificacion de un modo que no puede mostrarse mas reconocimiento, y manifestando que en todo ese tiempo no falleció ninguno de los visitados por mí. Aquellos y estos fueron tratados con las medicinas que seguidamente detallaré; luego al plan curativo se le deben las ventajas de haberse desgraciado tan pocos. Continuándolo este en el año de 1834 en mas de cincuenta individuos que he tenido obtuve iguales resultados, de donde debe deducirse, no que sea un medicamento específico, pero sí que administrado desde el principio de los síntomas precave el desenrollo del cólera fulminante, y cura el cólera; ó lo que es lo mismo, segun la division que hacen algunos, cura el colerilla siempre, y evita el cólera-morbo asiático.

En el momento que veo un enfermo con los síntomas que hacen temer el cólera (5) le hago poner en cama; que tome una taza de agua de manzanilla tibia y grano y medio de opio, ó mas si es sujeto acostumbrado á su uso: á la hora otra taza de manzanilla, y tercera otra hora despues, y si la diarrea, vómitos, ó fatigas en el estómago continúan al tiempo de tomar la tercera taza acompaña igual dosis de opio: regularmente es bastante la primera píldora para calmar todos los síntomas, y producir un sudor que prevengo se conserve cuatro ó seis horas, y esto con solo un moderado abrigo relativo á la estacion: pasado este tiempo se puede mudar camisa sin temor de que se interrumpa el sudor, y que por falta de este aparezca de nuevo la diarrea, lo que constantemente se ha obser-

vado, con notabilísimo empeoramiento del enfermo; (6) mas, el opio hace que se conserve el cutis caliente y húmedo, apesar de los muchos disparates que suelen hacer los pacientes, sofocados con el ardor interior que sienten casi todos los que padecen el cólera-morbo asiático. En las primeras veinte y cuatro horas no se toma ningun alimento, sí solo, segun la sed, agua de pan, almendras, ó de arroz claras: unos paños mojados en igual cantidad de agua y vinagre tibios al epigastrio ó ombligo: ningun aprecio merece el mareo, ó otro de los síntomas consiguientes al uso del opio; pues todos desaparecen antes de veinte y cuatro horas.

Es rarísimo que con este método desenvuelva su malignidad el cólera, ni aparezcan síntomas alarmantes, con especialidad si muy pronto se echa mano de él, pues los vómitos, la diarrea, y los demas síntomas concluyen, como va dicho, antes de veinte y cuatro horas, y entonces puede levantarse el enfermo, tomar caldos, y aun sopicaldos, algun gaspacho del que llaman aguadillo, y al dia siguiente empezar á tomar el alimento de costumbre, pero con moderacion, por tres ó cuatro dias: mas si desgraciadamente cuando avisan han transcurrido muchas horas, ó algunos dias de la aparicion de los primeros síntomas, ó si en el decurso del plan indicado el enfermo, comete algun esceso suele no ser tan facil contener la enfermedad, la que ó continúa del mismo modo, ó progresa subsiguiéndose los síntomas graves con mas ó menos rapidez, y reunidos en mayor ó menor número, ya entonces viene á ser el plan tan activo cuanto mas numerosos y ejecutivos sean aquellos, sin que deje de ser la base el opio: si la sed, ar-

dor en el abdomen, y fatigas interiores aparecen, los paños mojados en igual cantidad de agua y vinagre en el epigastrio, ó en toda la parte anterior de la cabidad natural; los revulsivos de solo papel de estraza en varios dobleces mojados en vinagre fuerte y caliente bien rociados de mostaza; variándolos con mas ó menos frecuencia segun la sensibilidad del paciente; si sobreviene frialdad, ó algidez las friegas con bayetas calientes, las botijas con agua muy caliente; saquillos con afrecho, arena, ó cenizas bien caliente á las estremidades superiores é inferiores, fricciones á la espina en toda su longitud con álcali volatil fluido, ó tintura de cantáridas; y aun el sinapismo á lo largo del dorso; si los síntomas cerebrales se hacen mas vehementes los vegigatorios mas activos y permanentes, desde dos hasta seis, y tambien sobre el epigastrio si los vómitos son muy pertinaces; si el sopor es profundo la nieve puesta en la cabeza: esto en cuanto al régimen esterior; interiormente ningun alimento animal, pequeñas cantidades de agua sola ó la misma cocido pan, arroz, ó de almendras, ó ninguna si todo se vomita, y entonces, y siendo la sed intensa, se darán uno ó dos terrones de nieve cada cuarto de hora ó mas tarde; si el estómago admite líquidos una poca de infusion de salvia, ó mejor de yerva buena tibia con un grano ó dos del estracto acuoso de opio cada hora, dos, ó mas tarde segun la resistencia de la diarrea, fatigas, &c. siempre solicitando el sudor, el que si fuere caliente, y sostenido disminuye los otros síntomas singularmente la diarrea; si entonces empieza á manifestarse el pulso, y se presenta alguna orina, continuan-

do el sudor, y todos los síntomas de reaccion son graduados y moderados, debe esperarse una pronta curacion, que se favorece con ligeros atemperantes y la dieta proporcionada, sin llevarla al estremo, pues luego es muy dificil lograr que el estómago admita los alimentos, causando estos frecuentes recaidas, casi siempre funestas.

Si apesar de estos remedios subsisten los síntomas, ó se aumentan, se pondrán en práctica los remedios siguientes: con tal que el estómago soporte líquidos, cada media hora dos ó tres cucharadas de la mistura moscada de Fuller, (7) y de hora en hora un grano de estracto acuoso de opio y dos de alcanfor, con las cucharadas: el estracto puede suspenderse si aparece el sudor caliente, y copioso; ó si hay mucho sopor; debiendo siempre distinguirse el que acompaña como síntoma á la enfermedad, del que ocasiona el opio. Sosteniendo con vigor este método, y sin arredrarse se obtienen felicísimos resultados. (8) Cuando la diarrea es consecuencia de la irritacion de los intestinos gruesos, á el uso que debe hacerse de enemas de agua de almendras, almidon crudo, y yema de huevo se pondrá en cuatro onzas de este líquido desde diez á veinte gotas del líquido de Sidenham: yo he notado muy buenos efectos de esta combinacion, (9) pero tambien he visto con mas frecuencia el narcotismo, que usando el opio por la boca: no puedo asignar la causa que me parece muy oscura; á no ser que consista en que algunas veces tienen la imprudencia de usar leche de almendras sacada de algunas horas, ya ácida, ó empezando á agriarse, y entonces combinándose el ácido con el opio lo eleva al

grado de acetato de morfina, cuyas propiedades narcóticas son muy superiores á las del estracto gomoso.

Los síntomas que acompañan al segundo periodo, ó de reaccion como son las congestiones ó inflamaciones en las partes contenidas en las diferentes cabidades, si son violentos, se socorren con el plan antiflogístico: los atemperantes, la dieta severa, á veces vejetal, los evacuantes como la sangría ó las sanguijuelas segun la indicacion, atendiendo al estado de fuerzas y grado de irritacion, los revulsivos, y aplicacion de emolientes, y humectantes llenan todas las condiciones ó ecsijencias.

En las memorias que se han publicado he leido que las mugeres embarazadas han padecido mucho, y que todas, ó casi todas han abortado, y esto que se curen ó no: yo he asistido á muchas con el cólera, y he tenido la feliz casualidad que ninguna pereció ni abortó, y esto usando el opio, al que se le atribuye puede contribuir á él: no ignoro la sentencia de Hipócrates, *seccion quinta aforismo treinta*, sobre las mugeres embarazadas y acometidas de una enfermedad aguda, la que mas de una vez he confirmado en mi larga práctica, y frecuente asistencia á las señoras en sus dolencias en la preñez, y en los partos, aunque no siempre se ha seguido: asi es que me ha sorprendido mucho este fenómeno en un afecto tan agudísimo, y por lo comun mas fatal para el bello secso que para los hombres. Repito que asistí á muchas el año de 33 sin desgracia de esta especie. El año de 34 no he visitado á ninguna en estado de gravidez.

He dicho desde el principio que hasta ahora no se ha encontrado un medicamento específico de ninguna enfermedad, entendiendo, como debe ser, el que cura to-

-dos los enfermos afectados de un determinado mal; por tanto no aseguro que el medio que propongo sea infalible; con él han perecido algunos de los que he asistido, pero el número de estos lo creo infinitamente menor que el de otros tantos enfermos tratados con otro plan.

De los efectos constantes de este método parece muy fundada la opinion de los profesores, que han creido que el centro ganglionario, la médula espinal, y algunas veces el cerebro son los órganos primitivamente afectados, y que si varias ocasiones padecen los otros sistemas, es secundariamente, como sucede al corazon que se contrae con una pereza increible por falta del influjo nervioso, y lo mismo la respiracion; aunque bien puede suceder que las afecciones segundarias lleguen á ser las dominantes, y esenciales: esto vemos en el periodo de reaccion, al que pueden seguirse conjestiones, ó inflamaciones mas ó menos considerables.

He procurado hablar de un modo sencillo y claro, evitando pomposidades, y lenguaje elevado; asi como en lo posible los términos facultativos oscuros ó no indispensables, pues aunque no haya escrito para que cualquiera, ageno á la facultad, ponga en uso los medicamentos que recomiendo, si con el deseo de que á todos sea facil convencerse de la certeza de cuanto va referido.

CONTAGIO.

He aquí el gran nudo gordiano: casi puede asegurarse que en todos los reinos han considerado al cólera indiano contagioso, mientras lo han tenido lejos, y como no cuando lo tenian ya en su casa. Tal vez las circunstancias políticas de la Europa han influido mas que nada en esta decision, y quizá en su propagacion. Una lijera ojeada bastará para aclarar esto. Cuando apareció en la Rusia asiática el cólera, conducido allí, indudablemente, por el comercio, ya siguiendo el curso de los rios navegables, ya los caminos de mas tránsito, y no separándose de estos puntos sino por ramificaciones, segun eran mas ó menos transversas las lineas comerciales que salian de aquellos puntos como céntricos, se halló aquel gobierno envuelto en la guerra de Polonia, y por lo mismo en la necesidad de hacer venir tropas de aquellos sitios á este reino, y los desgraciados Polacos se vieron acometidos de la triple plaga guerra, peste, y hambre. El Austria y la Prusia temiendo por sus provincias polacas reunieron grandes masas en ellas para tenerlas sosegadas, pero la entrada en las mismas de varios cuerpos polacos que fueron en seguida desarmados, y repartidos, llevaron el mal á los distintos puntos á que fueron relegados: asi pasó el cólera al Austria, y á la Prusia por la Galitcia y la Hungría en la primera, sitios á que fueron conducidos los polacos emigrados y desarmados; de estos puntos á las provincias mas inmediatas, y de mas íntima relacion ya comercial, ya por razon de las circunstancias. Lo mismo sucedió

con la Prusia al mismo tiempo; sus provincias polacas, donde se refugiaron los emigrados, empezaron á sentir los estragos, los que se esparramaron siguiendo la direccion de estos desgraciados espatriados, y no la del aire: de otro modo, y siendo la causa atmosférica, no se hubiera manifestado á un tiempo en dos puntos tan distintos y opuestos, quedando la Silesia y la Moravia libres, hasta que despues otras comunicaciones condujeron, y siguieron estendiendo á otros sitios de Alemania y fuera de ella el contagio, siguiendo siempre los puntos de mayor comunicacion. Asi fue transportada de Inglaterra á Paris sitio de mayores relaciones entonces, no solo por las recientes ocurrencias de Francia, sino por el estado general de la Europa, que obligaba á los gobiernos á no poder interrumpir las comunicaciones mas frecuentes. ¿Y cómo vino al vecino reino de Portugal? ¿Quién lo condujo á Oporto y á Lisboa de donde se estendió á las provincias, y ya muy cerca de nosotros á Huelva, y Ayamonte? ¿Fueron otros que, ó los buques de comercio ó de contrabando y los refugiados portugüeses? Nada hubo de atmosférico. Aclaremos aun mas la cuestion. ¿A quién, y como lo debió Sevilla? Al punto del rio que llaman la Corta llegó un barco ingles; á este sitio es donde arriban todos los buques grandes dirijidos á Sevilla, y que por calar mucha agua no pueden llegar hasta la ciudad: este tuvo varios enfermos en su tripulacion, y algunos desaparecieron: y los marineros y trabajadores españoles que fueron ó con carga, ó á descargar vinieron los unos al arrabal de Triana, y los otros á la Cestería y Baratillo enfermos, ó enfermando á poco de llegar á sus casas: y aun á Se-

villa, entre otros llegó del mismo sitio un empleado en la compañia del Guadalquivir que murió del cólera el 21 ó 22 de Agosto, asegurándome una señora que lo trató cuando vino, que al momento enfermó ella: bien sabido es que de estos sitios pasó la enfermedad á aquellos de la ciudad á donde se vinieron huyendo varias personas avecindadas en Triana, y así el barrio del Sagrario, y algun otro inmediato, donde yo visité á los principios algunos de estos refugiados, fueron los primeros infestados de la ciudad. Si la causa hubiera sido atmosférica, *epidémica en su origen*, la direccion de los aires hubiera indicado la venida, y propagacion del cólera: mas, cuando reina una constitucion así, la enfermedad se propaga con mucha velocidad, pues con ella se esparrama el aire en toda una poblacion; pero cuando hay un contagio son siempre los principios lentos, segun tardan mas ó menos los cuerpos contagiantes en esparcirse, bien diseminándose ellos en varios puntos, ó ya impregnando, ó comunicando el mal á los que incautamente se les acercan, y tienen disposicion á padecer la enfermedad. Este diverso modo de propagarse las enfermedades en un principio epidémica, ó contagiosamente es evidente, y no se oculta al que quiere imparcialmente averiguarlo, y confesarlo: digo en un principio porque en su decurso y aumento suelen combinarse estos dos estados, haciéndose una enfermedad epidémica, contagiosa, y viceversa.

Los que quieren alucinarse, ó alucinarnos, escluyendo toda idea de contagio del cólera indiano se fundan en un error muy craso. ¿Por qué dicen, todos los que estan en contacto con los atacados no lo padecen, y sí

algunos? La contestacion es sencilla, ¿Por qué, repreguntaremos, varias personas rozándose mas ó menos íntimamente con sarnosos, enfermedad cuyo contagio no se puede poner en duda, no todas adquieren la sarna? Otro tanto decimos del sarampion, viruelas &c.: muchos han fallecido de una edad avanzada y no han padecido estas erupciones, de caracter sumamente contagioso, con todo de haber reinado ellas durante su vida, aun epidémicamente, y teniendo roce con otros niños infectos.

Para que se verifique el contagio de persona á persona, ó por otro intermedio, ademas de varias condiciones, es de absoluta necesidad cierta predisposicion en quien lo recibe, *sine qua non.* Entre las enfermedades contagiosas las hay que lo son con mayor ó menor facilidad; esto supone tambien que la predisposicion á recibir el contagio sea mas inherente, ó connatural á los individuos que estan espuestos á su accion; y segun la esperiencia parece mas facil de comunicarse ó trasmitirse por contagio el tifus ictérodes, fiebre amarilla, ó vómito prieto, que el cólera morbo indiano; mas no porque sea menos susceptible de comunicarse, es razon para decir no es contagioso: si otras pruebas mas convincentes se necesitan para quedar penetrados de esta verdad, lo es entre ellas el modo lento con que se ha manifestado y sostenido mas de tres meses en esta ciudad, y continúa, este año de 1834. Quizá no habrán pasado de cien enfermos á la vez los que han tenido el cólera; pero se han renovado en mas ó menos número cada ocho ó diez dias: y en el primer mes no en toda la ciudad sino en algunos pocos puntos de donde se fueron luego es-

pareciendo por toda ella; y la causa de esta lentitud debe atribuirse tanto á la numerosa emigracion de personas que no la habian pasado el año anterior, como á las muchas precauciones que han tomado cada uno en particular, y las providencias dictadas por la junta de sanidad, singularmente al principio, de aislar y separar los sanos de los enfermos y otras varias. Las enfermedades epidémicas son por lo regular mas rápidas, duran mientras permanece una misma constitucion atmosférica, y cambian ó se concluyen cuando esta varía. Este verano y otoño han sido tan varios que en ninguna manera han estado acordes con esta cualidad de las enfermedades epidémicas.

Otra de las razones ó argumentos que alegan los no contagionistas es que apesar de los mas rigorosos cordones sanitarios la enfermedad los traspasa, y acomete otras poblaciones. Este aparente y especioso modo de discurrir es facilmente destruido, y hasta los mismos que lo proponen estan bien convencidos de su falsedad. ¿Quién ignora lo facil que es traspasar el mas estricto cordon, y los medios con que se consigue, que son muchos? En los pueblos grandes suele quedar oculto el orijen de un contagio; á lo menos es mas facil oscurecerlo: pero en los pequeños, cuando no median intereses que lo hagan disimular, todos los vecinos estan bien cerciorados que el arriero, el contrabandista, el transfuga de una poblacion dañada, ó otros que han tenido trato con los infectos fueron los primeros víctimas, y sus parientes y amigos los segundos. Léase el tratado de fiebre amarilla del Dr. D. Juan Manuel de Arejula y en él se evidencia esta verdad, demostrando como se propagaba la en-

fermedad, ó aparecia en un pueblo sano. Ademas queda indicado brevísimamente como se introdujo en Europa, se esparció por sus distintos reinos, segun las relaciones comerciales, ó diplomáticas mas íntimas; llegó al vecino reino de Portugal, y se introdujo en España por Huelva, Ayamonte y Sevilla, pueblos en aquella época tan en contacto con los portugueses é ingleses: pero en todos clandestinamente, y de un modo oscuro al que no desentraña el orijen de las enfermedades.

NOTAS.

(1) *Solo quien padece un dolor agudísimo puede penetrarse de este goce, cuando cesa, ó se disminuye el dolor.*

(2) *No me es permitido detallar esta observacion por haberla presentado á la Real academia Médico-Quirúrjica de Cádiz, y haberla adoptado por propiedad suya.*

(3) *Mi maestro el escelente médico-cirujano D. Juan Manuel Aréjula solia decir que apenas contaba la medicina una docena de medicamentos verdaderos, ó de eficacia conocida, colocando al opio entre los primeros; y yo me he cerciorado de una y otra verdad en una dilatada práctica de 36 años, habiendo en este tiempo visitado en catorce hospitales ya en la Real Armada, en el Ejército, y tambien Civiles.*

(4) *En este barrio se formó una junta de beneficencia en el año de 1805 siendo yo uno de los facultativos que gratuitamente asistieron á los enfermos, y por vivir mas inmediato siempre tuve el mayor número á mi cuidado, y aunque algunos años despues se disolvió la junta, sus vecinos no han dejado de ocuparme ya como médico ó como cirujano, y yo no he dejado de prestarles á todos los pobres cuantos aucsilios han estado en mi mano; y tal vez por esto su junta de sanidad me invitó en esta ocasion á que continuase asistiendo con particularidad á los del cólera.*

(5) *Segun mi opinion los primeros que van indicados al principio son los que constituyen el cólera, por ligeros que parezcan.*

(6) *Hay tal simpatía, con especialidad en esta enfermedad, entre el sistema dermoides y la mucosa gastro intestinal, que siempre que cesa el sudor vuelve*

la diarrea, y al contrario establecido bien aquel cede al momento esta; lo que se observó constantemente, como tambien el alivio y la cura continuando el cutis cálido y húmedo.

(7) *La mistura es distinta del julepe; aquella lleva cuatro granos de mosco, y este dos.* Farmacopea de Fuller.

(8) *He llegado á continuarlo seis y siete dias hasta conseguir la completa curacion, aun en los casos de ser el opio la única medicina que tomaban los enfermos.*

(9) *Detiene mejor esta diarrea que cuantas medicinas se usan por la boca, pues se hace invencible la evacuacion á todo medicamento: alguna vez conviene el uso del cocimiento blanco gomoso ya solo, ó bien combinado con una dracma por libra del electuario escordio, ó con dos del estracto de ratania, y una de la sangre de drago para dos libras del dicho cocimiento.*